



# Prosperidad

Elena del Hoyo

**E**s sábado por la tarde y Elba (caderas desahogadas y agradecidas a la nata con fresas, igual que la cintura, poco a poco amplia y espaciosa) camina con prisa hasta el locutorio.

Allí manda dinero a casa y siente la música de las voces pequeñas y lejanas de Túbal y Darwin, que le abren un hueco tan grande como el océano que ella intenta abrazar con palabras.

—¿Estudias?

—Sí, mamá.

—¿Eres bueno con la abuela?

—Sí, mamá.

—Te quiero.

—Sí, mamá, ¿vas a mandar el dinero para el celular? Acuérdate que es más caro, porque tiene que ser con mp3.

—...

—¿Mamá?

Los sábados por la tarde, a la vuelta del locutorio, a Elba se le abre un agujero en el estómago, un hambre insistente de algo dulce y de aspecto bonito, así que se come,

recostada en el sofá, el postre de nata y fresa que se compró en el mercado. Aunque es cuando más lleno está, a Elba le gusta subir cada sábado la cuesta hacia el mercado de Prosperidad y elegir la fruta de la semana de entre las pilas de colores. Rara vez se compra un capricho: un mango, una papaya. En cambio, nunca falta a su pequeño rito de comprar el postre de nata con fresas en el puesto que hace esquina justo antes de la salida. El mismo postre que ahora se come mirando la tele, entre los silencios y las conversaciones intrascendentes de Rosina y Elizabeth, que se meten con ella porque casi nunca quiere salir. Pero están excitadas, es sábado y tienen plan, y se deja llevar un poco por la promesa de baile de las otras dos, sin saber por qué el día de la fiesta, del postre y de su llamada de teléfono, precisamente ese día y no otro (un lunes, un viernes, anda que no hay días) ella siente siempre, cuando tira el vasito vacío de nata con fresas, esa punzada al fondo de no sabe dónde, algo así como la rasgadura que se hace un niño al rascarse la nariz porque no le cortaron bien las uñas, y que le deja una gotita de sangre. Últimamente ha tenido que buscar otro día para mandar el dinero y comerse recostada en el sofá la copa de nata con fresas. Ahora el señor y la señora se han separado y cada uno anda en casa nueva como cabra loca y todos los sábados por la tarde la necesitan para Alvarito. Y a ella el crío le cae bien y necesita el dinero, aunque las cajas de la mudanza le hacen sentir aquella vieja decepción de los fines de semana cuando aprovechaba cada segundo para estar en la calle, a la espera de algo, de una cosa que iba a suceder el sábado y que iba a cambiar su vida, a volverla feliz. Porque para eso estaban los sábados. También se escondía a veces con un chico que se llamaba Reinal y que tenía una cicatriz junto a la oreja derecha y jugaban solos, a enseñarse cicatrices, lunares y a quiénes se gustaban y todo eso la hacía reír. Reinal se acabó como se acaba el postre de nata con

fresas, porque sí, dejándola con ganas de otro vasito más, a la espera de algo mejor, algo que, seguro que sí, iba a cambiar su vida. ¿Por qué a ella no? “Y total, no van a ser todos los sábados de la vida”, piensa Elba, que imagina, volviendo al presente, que el señor y la señora se acabarán organizando. Se pregunta qué harán hoy Rosina y Elizabeth, si encontrarán un chico que las lleve a casa (bah, claro que sí, siempre encuentran alguno). Resulta que los sábados son igual en todas partes. Quizá no debía poner tanta esperanza en un día de la semana.

Hoy, aunque es tarde, Elba todavía está jugando con Alvarito a que él se esconde y ella le busca y cuando le encuentra le da un susto. Alvarito chilla de placer y corre de nuevo a esconderse: tras una pila de cajas, dentro del armario, en el hueco de la escalera que lleva al sótano. El dinero lo mandó ayer, viernes, desde el locutorio de siempre, pero Túbal y Darwin estaban en el colegio, hay que contar la diferencia horaria, a ver si mañana por la tarde..., y siente el aguijón, pequeño y conocido, que pide un dulce. Cansada del escondite atrapa por enésima vez a Alvarito que se deja agarrar y olisquear (“qué bien huele siempre”, piensa Elba, “aunque un poco a niña”) y que de pronto se abraza a ella y la aprieta fuerte cerrando los ojos. Elba lo besa y lo estruja más, como lo hace la madre, reblandecida por el olor a niña de Alvarito, intentando abrazar su falta y la de ella. “Qué fácil sería hacerle daño ahora”, piensa Elba. Pero es el niño entonces el que afloja el abrazo y le da un pellizco rabioso buscando la carne blanda por debajo de la axila.

—¡Ay! —grita Elba, con los ojos húmedos. Le dan ganas de agarrarle por los pelos y zarandearlo, ¿será posible el niño!

—¡Vete! —dice Alvarito, tirándole uno de sus zapatos, y también se le ponen los ojos brillantes.

—¡Que te vayas! —vuelve a gritar Alvarito, yéndose él a su cuarto.

Elba se agacha a recoger el zapato que la falta de puntería infantil ha estrellado contra el DVD y su mirada de sirvienta fiel aquí y de madre orgullosa allí observa una puntera arañada. Lo pone sobre la mesa mientras busca en una caja de la mudanza la crema de zapatos de color azul. Se oyen unos hipidos de Alvarito y en seguida el volcarse del juego de construcción. Elba se va hacia la cocina a preparar la cena y mientras el huevo batido se amolda a la sartén, se acuerda de aquella llamada pequeña y fuerte como una mano de bebé que deseaba que volviera a ser fin de semana, porque el siguiente iba a ser mejor, porque iba a suceder algo inesperado, un regalo que iba a cambiar su vida. Pero el

sábado está a punto de acabar y sabe que las únicas fresas que va a comer son las que ella se compró en el mercado, en el puesto que hace esquina justo antes de salir, y siente que los sábados siempre son al final, –y que no le digan otra cosa–, un engaño, una decepción, no sabría decir, como el vasito vacío de nata con fresas o esa punzada cruel al fondo de no se sabe dónde.

Ilustración: Pablo Moncloa



El mercado de referencia utilizado por la autora de este cuento es el **Mercado Municipal de Prosperidad (Madrid)**.



Publicaciones  
y estudios

# Mercasa al servicio de la cadena alimentaria



Paseo de La Habana, 180  
28036 Madrid  
Tel.: 913 500 609  
mercasa@mercasa.es  
www.mercasa.es

